

PAJAROS ESTRANJEROS

QUE TIENEN RELACION

CON LA CIGÜEÑA.

EL MAGUARI.

Ardea maguari. GMEL.

El maguari es una ave grande de los climas cálidos de América, de la que fue Maregrave el primero que habló. Es del tamaño de la cigüeña, y como ella traquea tambien el pico, que es recto y puntiagudo, verdoso en su raiz, azulado por la punta, y de unas diez pulgadas y media de largo; todo el cuerpo, la cabeza, el cuello y la cola están cubiertos de plumas blancas, algo largas y caidas en la parte inferior del cuello; las pennas y las grandes coberteras de las alas son de un negro con lustre verde, y cuando están plegadas, las pennas mas inmediatas al

cuerpo igualan á las esternas, lo que es comun á todas las aves de ribera; el contorno de los ojos del maguari está desnudo de plumas y cubierto de piel de un rojo vivo; su garganta está asimismo guarnecida de una piel que puede hincharse, y entonces forma una bolsa; el ojo es pequeño y brillante, y el iris de un blanco plateado; la parte desnuda de la pierna y de los pies es roja; y las uñas, que son de este mismo color, son anchas y chatas. No hemos podido saber si esta ave viaja como la cigüeña, á la cual reemplaza, al parecer, en el nuevo Mundo: la ley del clima puede dispensarle de ello, así como á todas las demas aves de aquellas comarcas, donde la igualdad constante de estaciones, y una tierra sin cesar fecunda, las detienen en ellas, sin que jamás esperimenten la necesidad y el deseo de cambiar de clima. Ignoramos tambien los otros hábitos naturales de esta ave, y casi todos los hechos que dicen relacion con la historia natural de las vastas regiones del nuevo Mundo; pero ¿podrá esto causar admiracion, cuando sabemos que Europa no envió durante mucho tiempo á aquellos nuevos climas mas que ojos cerrados para contemplar las bellezas de la naturaleza, y corazones mas cerrados todavía á los sentimientos que esta inspira?

EL CURICACA.

Tantalus loculator. L.

Esta ave, natural de la Guayana, del Brasil y de algunas comarcas de la América septentrional, por donde viaja, es tamaña como la cigüeña, pero tiene el cuerpo mas delgado y prolongado, y no alcanza á la altura de la cigüeña sino por la longitud de su cuello y de sus piernas, que son mas largas á proporcion; difiere tambien de ella por el pico, que es recto hasta las tres cuartas partes de su longitud, pero corvo por la punta, muy recio, muy grueso, sin ranuras, liso en toda su redondez, y va engrosándose cerca de la cabeza, donde tiene de siete á ocho pulgadas y algunas líneas de ruedo, sobre nueve de longitud; este grueso y largo pico es de sustancia muy dura y cortante por los bordes. El occipicio y la parte alta del cuello están cubiertos de plumitas pardas y ásperas, aunque adelgazadas; las pennas de las alas y de la cola son negras, con algunos visos azulados y rojizos, y todo el resto del plumaje es blanco. La frente es calva, y solo está cubierta, así como el contorno de los ojos, de una

piel de color azul oscuro. La garganta, que se ve tambien desnuda de plumas, está vestida de una piel capaz de hincharse y de estenderse, por lo que Catesby dió á esta ave el nombre de *pelicano de los bosques* (*wood-pelican*); denominacion mal aplicada, en atención á que la bolsa del curicaca difiere muy poco de la de la cigüeña, la cual puede asimismo dilatar la piel de su garganta, en vez de que el pelicano tiene un gran saco debajo del pico, y sus pies son además palmeados. Brisson refiere equivocadamente el curicaca al género de los chorlitos, con los que no presenta la menor relacion. Pison es causa al parecer de este error, por haber comparado esta ave con el *chorlito de las Indias* de Clusio, que es el chorlito rojo; y este error es tanto mas craso, cuanto que en el renglon anterior le da Pison el tamaño del cisne: no se engaña tanto cuando dice que su pico tiene relacion con el de la íbis, que difiere efectivamente del pico de los chorlitos.

Sea como quiera, esta grande ave frecuente, segun refiere Marcgrave, las márgenes del rio Seregipo ó de San Francisco: á nosotros nos la enviaron de la Guayana, y es la misma que designa Barrera con las denominaciones de *grulla de pico corvo* y de *gran chorlito americano*; nombre que quizás indujo á error á los que toman

esta ave por un chorlito, y que Brisson por otro error refiere al jabirú.

Por lo demás, Catesby dice que cada año á fines del verano, que es el tiempo de las grandes lluvias en la Carolina, llegan á aquel pais numerosas bandadas de curicacas; los cuales frecuentan las sábanas inundadas por las lluvias, se posan en crecido número sobre los cipreses mas altos (1), donde permanecen en actitud muy recta, pero con el cuello doblado para sostener su pesado pico, y se vuelven antes del mes de noviembre. Añade tambien Catesby que son aves muy estúpidas; que no se espantan jamás, por lo que se las puede tirar muy fácilmente; y que su carne es muy buena de comer, aunque solo se alimentan de peces y de animales acuáticos.

EL JABIRÚ.

Mycteria americana. L.

CUANDO la naturaleza multiplicó los reptiles en las tierras anegadas del Amazona y del Ori-

(1) Especie de árboles de la América septentrional, diferentes de nuestros cipreses.

noco, produjo tambien las aves destructoras de estas especies dañinas, y hasta parece que proporcionó su fuerza á la de las enormes serpientes á que debian dar caza, y su tamaño á la profundidad del limo sobre el cual las destinaba á vagar. Una de estas aves es el jabirú, mucho mayor que la cigüeña, superior en alzada á la grulla, doble mas gruesa de cuerpo, y la primera de las aves de ribera, si merecen la primacia el tamaño y la fuerza.

El pico del jabirú es una arma poderosa; tiene quince pulgadas y dos líneas de longitud, sobre tres pulgadas y media de latitud en su base; es agudo, cortante, esplanado por los lados, á manera de hacha, é implantado en una ancha cabeza, sostenida sobre un cuello grueso y nervioso: este pico, formado de una materia córnea muy dura, va encorvándose ligeramente hácia arriba á manera de arco, carácter de que se nota el primer vestigio en el pico de la cigüeña negra. La cabeza y los dos tercios del cuello del jabirú están cubiertos de piel negra y desnuda, pero con algunos pelos grises cerca del occipucio; la piel de la parte inferior del cuello hasta la altura de cinco ó seis pulgadas, es de un rojo encendido y forma un hermoso y ancho collar; su plumaje es enteramente blanco; el pico es negro, y las piernas robustas, cubier-

tas de grandes escamas negras como el pico, y desnudas de plumas hasta unas seis pulgadas de altura; el pie tiene quince pulgadas y dos líneas, y el ligamento membranoso que aparece en sus dedos se estiende hasta cerca de dos pulgadas entre el dedo esterno y el medio.

Dice Willughby que el tamaño del jabirú es igual por lo menos al del cisne; lo que es verdad, figurándose sin embargo el cuerpo del cisne menos grueso y mas prolongado, y el del jabirú subido sobre altos zancos; y añade que su cuello es tan grueso como el brazo de un hombre, comparacion que efectivamente es exacta. Por lo demás, dice tambien Willughby que la piel del cuello es blanca y no encarnada, lo que puede proceder de la diferencia entre el ave viva y muerta: en el individuo que se halla en el Real Gabinete se ha suplido é indicado este color rojo por medio de la pintura. La cola es ancha, y no se estiende mas allá de las alas plegadas. Esta ave, cuando en pie, tiene á lo menos cinco pies y tres pulgadas de altura vertical; lo que en todo, y atendido lo largo del pico, haria cerca de siete pies: por lo tanto, es el ave mayor que se encuentra en la Guayana.

Jonston y Willughby no han hecho mas que copiar á Marcgrave tratando del jabirú, y hasta han copiado sus figuras con los mismos defec-

tos; y encuéntrase tambien en Marcgrave una confusion, ó por mejor decir, una equivocacion de editor, que nuestros nomencladores, lejos de corregir, no han hecho mas que aumentar, y que en cuanto nos sea dable, vamos á poner en claro.

«El jabirú de los Brasileños, que los Holandeses llaman *negro*, dice Marcgrave, tiene el cuerpo mas recio que el cisne, y es de la misma longitud; el cuello es tan grueso como el brazo de un hombre, y la cabeza abultada á proporcion; el ojo es negro; el pico, que es negro tambien, es recto, tiene catorce pulgadas de largo sobre tres de ancho, y es cortante por los bordes; la parte superior está algo levantada y es mas recia que la inferior, y todo él está algo encorvado hácia arriba.»

Sin ir mas lejos, y con estos caracteres notables y únicos, no podemos desconocer al jabirú de la Guayana, esto es, al gran jaribú cuya descripcion hemos hecho con presencia del ave misma: no obstante, dice Marcgrave que bajo de este cuerpo recio que acaba de representar, y de este pico singular arqueado hácia arriba, se ve un pico muy arqueado hácia abajo, y un cuerpo delgado y sin espesor; en una palabra, un ave que, si se exceptúa lo grueso del cuello, es muy diferente de la que acaba de describir; pero

echando la vista á la otra página, reparamos con el nombre de *jibirú de los Petivares ó nhandu-apoa de los Tupinambes*, que dice ser del tamaño de la cigüeña con el pico arqueado hácia abajo, una gran ave derecha de cuerpo, gruesa, y de pico arqueado hácia arriba, la cual representa perfectamente al gran jibirú, verdadero objeto de su descripción anterior, esceptuando el grosor del pico que no está espesado en la figura: fuerza es pues reconocer aquí doble error, uno de grabado y otro de trasposición; pues ha prestado al nhandu-apoa el cuello grueso del jibirú, y ha colocado á este último con la descripción del nhandu-apoa, cuando vemos la figura de este bajo la descripción del jibirú.

Todo cuanto añade despues Marcgrave sirve para aclarar esta equivocacion y para probar lo que acabamos de decir: describe al jibirú brasileño con piernas recias, negras y escamosas, y de dos pies de largo; todo el cuerpo cubierto de plumas blancas; el cuello desnudo, vestido de piel negra hasta los dos tercios de su longitud, contando desde la cabeza, y formando en la parte inferior un círculo que él dice ser blanco, pero que nosotros creemos ser rojo en el animal vivo: no cabe pues duda que en todos estos caracteres reconocemos á nuestro gran jibirú de la Guayana. Pison no se engañó como Marcgra-

ve; pues da la verdadera figura del gran jibirú bajo su verdadero nombre de *jibirú guacu*, y dice que se le encuentra en los sitios retirados á orillas de los lagos y de los rios, y que su carne, aunque generalmente seca, no es mala de comer. Esta ave engorda en la estacion de las lluvias, y entonces es cuando la comen los Indios con mas gusto, matándolas fácilmente con escopeta ó flechas. Pison encuentra además cierto viso rojo en las pennas de las alas, que no hemos podido observar en el ave que nos remitieron de Cayena, aunque puede que se note en el jibirú del Brasil.

EL NANDAPOA.

Ibis nandapoa. VIEILL.

Esta ave, mucho mas pequeña que el jibirú, ha recibido no obstante el nombre de *gran jibirú (jibirú guacu)* en algunas comarcas donde el verdadero jibirú no era aun conocido; pero su verdadero nombre brasileño es *nandapoa*. Aseméjase al jibirú en tener como él la cabeza y la parte superior del cuello desnudas de plumas, y cubiertas únicamente de una piel esca-

mosa; pero difiere por el pico, que está arqueado hácia abajo, y que solo tiene ocho pulgadas y dos líneas de longitud. Esta ave es con corta diferencia del tamaño de la cigüeña; el vértice de su cabeza está cubierto de un rodete huesoso de color blanco-parduzco; los ojos son negros, y las orejas anchas y muy abiertas; la longitud del cuello es de once pulgadas y ocho líneas, la de las piernas de nueve pulgadas y cuatro líneas, y de siete la de los pies, que son de color ceniciento; las pennas de las alas y de la cola, que no pasa de las alas plegadas, son negras; pero las de las alas presentan un hermoso viso rojo; todo lo restante del plumaje es blanco, y las plumas de la parte inferior del cuello son algo largas y caídas. La carne de esta ave es de buen gusto, y se come despues que le han arrancado la piel.

Es evidente tambien que esta segunda descripción de Marcegrave conviene á su primera figura, tanto como conviene la segunda á la descripción del jabirú del Brasil, ó de nuestro gran jabirú de la Guayana, que es ciertamente la misma ave: tal es la confusion que en historia natural puede nacer de un error leve al parecer; confusion que va siempre en aumento cuando, satisfechos los nomencladores con copiarse unos á otros sin discusion y sin es-

tudiar la naturaleza, no hacen mas que multiplicar libros en notable perjuicio de la ciencia.

LA GRULLA (1).

Ardea grus. L.

DE todas las aves viajeras la grulla es la que emprende y ejecuta los viajes mas largos y atrevidos: originaria del Norte, visita las regiones templadas y llega hasta las del Mediodia. Vésela en Suecia, en Escocia, en las islas Orcadas, en la Podolia, en la Volhinia, en la Lituania, y en toda la Europa septentrional. En otoño se la ve caer sobre nuestras llanuras pantanosas y sobre nuestros sembrados, pero pronto se retira á climas mas meridionales, desde donde volviendo con la primavera se interna nuevamente en el Norte, recorriendo de este modo en sus viajes el círculo de las estaciones.

Admirados los antiguos de estas emigraciones continuas, la llamaban igualmente el *ave de Li-*

(1) En latin, *grus*; en italiano, *gru*, *grua*; en alemán, *kran*, *kranich*; en inglés, *crane*; en francés, *grue*.

bia y ave de Escitia, por verla llegar alternativamente de ambas estremidades del mundo entonces conocido. Herodoto, así como Aristóteles, colocan el verano de las grullas en la Escitia; y en efecto, de estas regiones salian todas las que se detenian en Grecia. Platon llamaba á la Tesalia *pasto de las grullas*, pues llegaban allí á bandadas, y cubrian asimismo todas las islas Cielades. Para señalar la época de su paso dice Hesiodo: *Su voz anuncia al labrador desde lo alto de los aires el tiempo de abrir la tierra*. La India y la Etiopia eran las regiones que se designaban para su tránsito al Mediodía.

Dice Estrabon que los Indios comen los huevos de las grullas; Herodoto, que los Egipcios cubren los escudos con sus pieles; y los antiguos las enviaban á las fuentes del Nilo á dar caza á los Pigmeos: *especie de hombres pequeños*, dice Aristóteles, *montados en pequeños caballos y que habitan en cavernas*. Plinio arma estos hombrecitos de flechas; y montados en mo-
ruecos los hace bajar por la primavera de las montañas de la India, donde habitan bajo un cielo puro, para ir á sostener por espacio de tres meses, cerca del mar Oriental, la guerra contra las grullas, romper sus huevos, y llevarse los pollos que encuentren en los nidos: *sin lo cual*, dice, *no podrian resistir á las banda-*

das siempre mas y mas numerosas de estas aves; que llegaron á esterminarlos, segun dictámen del mismo Plinio, puesto que recorriendo algunas villas desiertas ó arruinadas al presente, y habitadas en otro tiempo por pueblos antiguos, cuenta las de Gerania, *donde habia vivido antes la raza de los Pigmeos, y fue arrojada de allí, segun se cree, por las grullas*.

Diráse sin duda que estas fábulas de los antiguos (1) son absurdas: lo concedo; pero acostumbrados á hallar en ellas algunas verdades ocultas, y hechos que no pueden ser mas conocidos, no debemos precipitarnos á formar este juicio que tan fácilmente halaga á la vanidad, y tan natural por otra parte á la ignorancia. Por lo que hace á nosotros, preferimos mas bien creer que algunas particularidades singulares de la historia de estas aves dieron lugar á una opinion tan generalizada en una antigüedad á la que, despues de haber tachado no pocas veces de mentirosa, los recientes descubrimientos nos han obligado á considerar instruida mucho antes que nosotros. Se sabe que los monos, que van en grandes tropas

(1) Estas fábulas son anteriores al tiempo de Homero, quien compara (Iliad., lib. III.) los Troyanos con las grullas, combatiendo con grande algazara á los Pigmeos.

en la mayor parte de las regiones de Africa y de la India, hacen continua guerra á las aves, procuran sorprender sus nidos, y no cesan de armarles toda clase de celadas. Cuando las grullas llegan al pais, encuentran á estos enemigos reunidos tal vez en gran número para atacar esta nueva y rica presa con alguna mas ventaja: las grullas, por su parte, confiadas en sus propias fuerzas, ejercitadas entre sí á los combates, y dispuestas naturalmente á la lucha, como lo demuestran las actitudes que toman en sus juegos, los movimientos que afectan, y al órden de batalla, si se considera por el de su vuelo y el de su partida, se defienden vivamente; pero los monos, empeñados en apoderarse de los huevos y de los pollos, vuelven tenazmente y en gran número al combate; y como por sus estratagemas, sus gestos y actitudes, imitan al parecer las acciones humanas, las gentes de entonces poco instruidas los tomaron por una tropa de hombres pequeños, ó porque no los vieron sino de lejos, ó porque llevados del amor de lo extraordinario prefirieran dar crédito á lo maravilloso (1). Tal es el origen y la historia de estas fábulas.

(1) No es la primera vez que se han tomado las tropas de monos por hordas de pueblos salvajes, sin contar el combate de los Cartagineses contra los

Las grullas se remontan mucho y se ordenan para viajar: cuando vuelan, van formando un triángulo casi isósceles, como para hender el aire con mayor facilidad; pero si el viento arrecia y amenaza romperlas, se reunen todas en masa formando círculo, que es lo que hacen tambien cuando las acomete el águila. Su paso se verifica las mas veces de noche; pero dan á conocer su marcha con su grande griteria, pues en este vuelo nocturno despide el gefe con frecuencia una voz de reclamo para indicar el camino que lleva, la cual repite toda la tropa, respondiendo cada una como para indicar que sigue y guarda la linea.

El vuelo de la grulla es siempre sostenido, aunque se distingue con diversas inflexiones, las cuales se han considerado como presagios

orang-utangs en una costa de Africa. y las pieles de tres hembras que pendian en el templo de Juno, en Cartago, como pieles de mugeres salvajes. Cuando Alejandro penetró en las Indias iba á caer tambien en este error, y hubiera enviado su falange contra un ejército de pongos, á no haberle desengañado el rey Toxilo diciéndole que aquella multitud que, segun se descubria, iba siguiendo las alturas, eran animales pacíficos, atraidos allí por la novedad del espectáculo, pero no tan insensatos á la verdad ni tan sanguinarios como los devastadores de Asia.

de las variaciones del cielo y cambios de temperatura: sagacidad que puede muy bien concederse á una ave que, por la altura á que se remonta en la region del aire, se halla en el estado de descubrir ó de sentir desde mas lejos que nosotros los movimientos y alteraciones de la atmósfera. Los gritos de las grullas durante el día indican la lluvia, y los clamores mas descompasados y tumultuosos anuncian la tempestad: si por la mañana ó por la tarde se las ve remontarse y volar pacíficamente en bandadas, es indicio de buen tiempo; mas si al contrario presienten la tempestad, bajan entonces su vuelo y se dejan caer en tierra. La grulla experimenta, como todas las aves grandes, escepto las de rapiña, cierta dificultad en levantarse del suelo: á este efecto dan algunos pasos precipitados, abren un poco las alas, se remontan algo al principio, pero estendiendo despues todo su vuelo, despliegan sus alas poderosas y rápidas.

Cuando las grullas están reunidas en tierra establecen una guardia por la noche; y la circunspeccion de estas aves ha sido consagrada en los geroglíficos como simbolo de la vigilancia. Toda la tropa duerme con la cabeza debajo del ala; pero el gefe, con la cabeza erguida, está vigilante, y avisa con un grito apenas le alarma algun objeto. Este gefe, segun Plinio, lo

eligen las grullas para la partida; pero sin imaginar en esto un poder heredado ó conferido, como en las sociedades humanas, no podemos negar á estos animales la inteligencia social que los mueve á reunirse para seguir á aquel que llama, que precede, que arregla la marcha, y que las dirige en el viaje y en la vuelta: por esto pone Aristóteles la grulla á la cabeza de todas las aves que se reunen y se complacen en estar reunidas.

Los primeros frios del otoño anuncian á las grullas el cambio de la estacion, y entonces parten todas para buscar otro cielo, pasando por la Italia las que estaban establecidas en el Danubio y Alemania. En nuestras provincias de Francia se presentan por los meses de setiembre y de octubre, y hasta en noviembre cuando el fin del otoño es templado; pero la mayor parte no se detienen, y pasan rápidamente. En los primeros dias de la primavera, esto es, en marzo y en abril, vuelven á comparecer, aunque algunas se estravian ó apresuran su vuelta, pues Redi las ha visto el 20 de febrero en las cercanías de Pisa. Parece que las grullas pasaban en otro tiempo todo el verano en Inglaterra, respecto de que en tiempo de Ray, que vivia á principios de este siglo, acudian en grandes bandadas á los terrenos pantanosos de las provin-